

CATÓLICOS EN LA LUCHA ANTIFRANQUISTA. MILITANCIA SINDICAL Y POLÍTICA

Enrique Berzal de la Rosa

Amortiguada ya la inflación sentimental que, en los años 70 y primeros 80, presidió el objeto de estudio que nos ocupa, es preciso reconocer que a día de hoy, y en términos generales, conocemos bastante bien las líneas básicas que configuraron la lucha de los católicos en pro de la democracia en España. Contamos, a este respecto, con estudios generales convertidos en clásicos, y con investigaciones locales que vienen a corroborar, cuando no a profundizar y ampliar, algunos extremos apenas abocetados en obras de alcance más amplio. Es evidente, por tanto, que si bien el factor católico constituyó un elemento de primer orden a la hora de legitimar y afianzar las bases ideológicas de la dictadura franquista, también ocupó un lugar privilegiado en las labores de deslegitimación ideológica y en la extensión de la práctica política y sindical antifranquistas.

Esto último, obra de un sector específico de la Iglesia católica española, precisa, no obstante, de una labor investigadora más amplia, profesional y desclericalizada, menos apologética y, desde luego, ajena a 'contaminaciones' externas, que poco o nada tienen que ver con la investigación histórica al uso;¹ una labor enmarcada en el contexto teórico y metodológico más general de la historia política y social, atenta no sólo a las manifestaciones externas (huelgas, creación de partidos y sindicatos, declaraciones públicas, etc.) sino también a la evolución progresiva

de una cultura política propia y específica que, elaborada en el seno de los sectores más avanzados de la institución eclesiástica, sirvió de base, sostén e impulso a las principales iniciativas de lucha antifranquista.

Como veremos en las siguientes páginas, la eclosión de una cultura política singular en determinados sectores de la Iglesia española, unida al influjo del contexto social, político y eclesial, explican el impacto de la contestación católica a la dictadura en los años 50 y 60, así como su más que destacada radicalización en los años del *tardofranquismo*. De todos modos conviene tener presente que el avance progresivo, discontinuo y repleto de ambigüedades que va desde la legitimación nacionalcatólica de 1936 hasta el distanciamiento generalizado de los años tardofranquistas es, como señala Montero, un proceso antes «social» que «político», pues se incubaba en las denuncias eclesiásticas tanto de la injusticia reinante como de la ausencia de conciencia social de las elites.

Un proceso que arranca de manera tímida, discurre por carriles zigzagueantes y ambiguos y cristaliza, sin embargo, en una dirección doble (con su correspondiente integración en opciones políticas diferentes): la estrategia *posibilista*, personificada en Ángel Herrera y adoptada por la mayoría del episcopado y las elites católicas del momento, que combina la crítica social con la lealtad a las instituciones de la «democracia orgánica»; y la dirección *ruptu-*

EXPEDIENTE

rista de los movimientos apostólicos obreros, los cuales, partiendo de una superación del paternalismo inherente a la Doctrina Social de la Iglesia de los años 30 y 40, y desembocando en el diálogo entre cristianismo y marxismo, apuestan por la formación de militantes y la construcción de una nueva realidad política y social opuesta a la dictadura. Es a esta última dirección, en efecto, a la que dedicamos las siguientes páginas.

La eclosión de la contestación católica en los años 50 y 60

Ciñéndonos al terreno de la función *parapolítica*² ejercida por los movimientos católicos durante la dictadura, es preciso tener en cuenta la eclosión, a partir de mediados de los años 50, de una nueva cultura política y sindical dentro de los denominados «cristianos de izquierda», hecho que coincide con el avance del diálogo entre cristianismo y marxismo, pero también con la progresiva reactivación tanto de la oposición política a la dictadura como del movimiento obrero español. En efecto, la combinación de cristianismo de izquierdas, lucha antifranquista y relevo generacional será un elemento determinante a la hora de explicar la importancia del factor católico en la oposición al Franquismo.

Una nueva cultura política para un «nuevo movimiento obrero»

Como bien señala Rafael Díaz-Salazar, el colectivo progresista de la Iglesia española adquirió una determinada posición política a través de una específica socialización recibida de los movimientos cristianos más importantes de la época, imperando, desde el punto de vista de la ideología y práctica sindicales, la centralidad de la autogestión, la concepción del movimiento sindical como «Frente Obrero» y la creación de «comisiones obreras».³ Esta cultura política cristiana y revolucionaria

discurre pareja al proceso de diálogo entre cristianismo y marxismo abierto con la política de reconciliación nacional del PCE, explicitado en España en aspectos como la orientación socialista y marxista del pensamiento de ciertos sectores cristianos tanto del mundo universitario (Cerón, Fernández de Castro, Comín, Gomis, González Casanova...) como del obrero (Rovirosa, Malagón, Roy, Zufiaur, Alcázar...), la creación de sindicatos como el SUT (Sindicato Universitario del Trabajo), SOCC (Solidaridad de Obreros Cristianos catalanes, 1956) o FST (Federación Sindical de Trabajadores, 1957), y la aparición de partidos políticos clandestinos como el famoso Frente de Liberación Popular (FLP), formación creada en 1958, situado a la izquierda del PCE y en el que por primera vez se experimenta la convergencia entre marxismo y cristianismo en España.

Tres principios conforman, según Díaz-Salazar, la mentalidad política de dichos «cristianos de izquierda»: la prioridad de los pobres, la centralidad de la persona frente al capital, y la socialización de la economía desde la perspectiva de la comunión de bienes. Frente a capitalismo, comunismo o Democracia Cristiana, estos colectivos propugnan una «alternativa revolucionaria» obrerista y personalista que renuncia al confesionalismo y apuesta por construir organizaciones nítidamente obreristas, si bien desde una inspiración cristiana, organizaciones abiertas a los nos cristianos y acogedoras de pensamientos heterodoxos que, según ellos, recogiesen las «partes de verdad» presentes en el anarquismo, marxismo y socialismo no marxista. Ejemplo paradigmático de esta nueva cultura política acuñada en los movimientos eclesiásticos de raigambre obrera es la generada en los años 50 por la HOAC, organización cuya originalidad como cantera de militantes obreros y plataforma que contribuyó a la génesis de un nuevo movimiento político y sindical estriba en su eficaz tarea de difusión de una nueva mentalidad revolucionaria y socialista de inspiración cristiana, cuya

concreción, aun asentada sobre el diálogo con las ideologías del llamado movimiento obrero histórico (marxismo, socialismo, anarquismo), tuvo la especificidad de valorarlas críticamente para dar a luz un movimiento de nuevo cuño englobado bajo la denominación genérica de «Frente Obrero».

Este diálogo crítico con las ideologías de los «antepasados en la lucha obrera», propiciado por el método formativo del «ver, juzgar y actuar», tuvo como escenario privilegiado los llamados Grupos Obreros de Estudios Sociales (GOES),⁴ y arrojó, como conclusión más inmediata, un rechazo radical tanto del capitalismo como del colectivismo estatalizador, pero también, y esto es lo más importante, la asunción de aquellas «partes de verdad» que existían en dichas ideologías. Estamos, pues, ante la eclosión de una mentalidad política propia, de un pensamiento político original, de matriz cristiana, una mentalidad revolucionaria asumida desde la doble posición de apertura y rechazo del marxismo y del comunismo soviético. En efecto, entre 1962 y 1965, época de auge del PCE en el terreno de la lucha antifranquista, los GOES de la HOAC valoraron positivamente algunos de los principios contenidos en el marxismo si bien rechazando las aristas más opuestas a la religión, disintieron expresamente de su concreción histórica —«socialismo real»—, acogieron con agrado las aportaciones históricas del PSOE y UGT, y con no menos admiración asumieron determinados principios y actitudes del anarquismo español.⁵

Por otro lado, siguiendo las elaboraciones teóricas del hoacista asturiano Jacinto Martín,⁶ auténtico formador de sindicalistas cristianos, abanderaron la estrategia del llamado «Frente Obrero», una fórmula de actuación expresada por vez primera en 1956 —coincidiendo, precisamente, con la primavera huelguística vasca y las revueltas universitarias madrileñas— que trataba de concretar la mentalidad revolucionaria, anticapitalista y socialista de inspiración

cristiana mediante la creación de plataformas sindicales alternativas tanto a la rígida ortodoxia marxista como al verticalismo franquista.⁷

El obrero realiza un esfuerzo por mejorar su condición, pero a su esfuerzo se le opone el de «un cierto mecanismo», cuya tendencia es impedir o retrasar ese mejoramiento, esa promoción obrera y prolongar el orden existente. El orden económico existente es, sin duda alguna, una versión o nueva forma del liberalismo económico o capitalismo. El conjunto obrero, en cuanto realiza ese esfuerzo por su promoción es, no sólo un movimiento, el Movimiento Obrero, como se le viene llamando, sino un movimiento combativo, por lo que nosotros le denominamos Frente Obrero. Los que se enfrentan son, pues:

De una parte, el capitalismo.

De otra parte, el frente obrero.⁸

El objetivo de esta propuesta era la creación de organizaciones sindicales de carácter aconfesional y abierto, plataformas verdaderamente autónomas y unitarias, aunque para ello tuvieran que aprovechar, de manera circunstancial y estratégica, los instrumentos del ya por entonces tan detestado y desacreditado sindicato vertical franquista. Este último aspecto coincidía plenamente con la estrategia comunista de propiciar el «entrismo» en el sindicato oficial para movilizar a la clase trabajadora en una lucha conjunta que, en último término, pretendía derribar la dictadura franquista. La apuesta por este «Frente Obrero» se tradujo en la creación de un movimiento unitario y anticapitalista que reivindicaba la «propiedad obrera» de los medios de producción y tenía en la asamblea de fábrica su elemento decisivo de discusión, representación y reivindicación.

La praxis concreta: los movimientos católicos obreros anticipan la democracia en España.⁹

La evolución interna de la AC, el contexto político autoritario y el desarrollo experimentado por la sociedad española a partir de me-

EXPEDIENTE

diados de los 50 explican el hecho de que los movimientos católicos españoles se convirtieran en instrumento efectivo de socialización política democrática durante el Franquismo. El terreno del llamado «nuevo movimiento obrero» es, en este sentido, paradigmático a la hora de demostrar la función para-política desarrollada por las organizaciones católicas españolas. De hecho, como señalan los principales especialistas en la materia, a partir de 1962, la aportación de los movimientos católicos obreros a la lucha por la democracia se convierte en uno de los pilares esenciales de la oposición al Régimen de Franco.

Los precedentes más destacados de esta nueva ‘sensibilidad’ católica aparecen ya en los últimos años de la década de los 40, y vienen protagonizados por militantes de HOAC, JOC y Acción Católica Obrera (ACO), a los que se suman comunistas, socialistas y falangistas disidentes. Encontramos así la creación de bufetes laborales en apoyo a los obreros (como ocurrió en Santander en 1947, o Antonio Cuenca en Barcelona en 1952),¹⁰ la difusión del *¡Tú!*, importante semanario de la HOAC suspendido por orden gubernamental en 1951 como consecuencia de sus arengas en pro de la justicia social,¹¹ la labor, a partir de 1947, de la revista *Tribuna*, órgano de la Acción Católica barcelonesa que denunciaba las pésimas condiciones de vida de la clase obrera catalana, los bajos salarios y la excesiva jornada laboral a que se veía sometida, y la puesta en marcha, también a finales de los 40, de los primeros ateneos para trabajadores, llamados entonces Cultura Social Obrera e impulsados por militantes de la ACO.

Por lo que respecta a la participación en huelgas y conflictos laborales, es preciso recordar que los católicos compartieron con los comunistas la estrategia de infiltrarse en el sindicato vertical («entrismo») y en las organizaciones oficiales, con objeto de eludir la represión, ligar las masas a su proyecto y desmascarar dichas instituciones ante los obre-

ros. Iniciado en 1954 y afianzado a principios de los sesenta, el «entrismo» experimenta un destacado auge con la aprobación, en 1958, de la famosa Ley de Convenios Colectivos y alcanza sus más altas cotas a partir de 1966, año en que las candidaturas de CCOO consiguen un éxito notable, pudiendo decir que comunistas, militantes de JOC y HOAC y de las jesuíticas Vanguardias Obreras, unidos a falangistas disidentes y demás trabajadores inquietos, coparon casi por completo las secciones más importantes y conflictivas de los sindicatos verticales. A partir de aquí, su labor será determinante a la hora de crear nuevas plataformas como Comisiones Obreras o incentivar movimientos huelguísticos, pues, como señalaban algunas autoridades, «por la intervención y actuación de la JOC y de la HOAC se observa (...) que cada vez son más audaces y frecuentes sus intervenciones en las reuniones sindicales, con la manifiesta intencionalidad de sembrar la discordia en los Sindicatos, al ser la primera finalidad que tienen, como claramente lo exponen constantemente, la libertad sindical».¹²

En efecto, las huelgas más importantes de los años 50 y 60 contarán con una presencia destacada de militantes cristianos. En especial, la de tranvías barceloneses de marzo de 1951, impulsada por enlaces sindicales católicos y falangistas descontentos ante la subida de los precios de este transporte público (cuatro militantes de la HOAC fueron detenidos), las vascas de 1953, las ocurridas en el sector vizcaíno del metal tres años más tarde, organizadas, en su mayoría, por militantes de JOC, HOAC, Vanguardias Obreras y PCE, la asturiana de 1962, en la que tuvieron un papel predominante jocistas y hoacistas que militaban en la clandestina USO, y la mítica huelga de Bandas de 1966-67, alentada por el «equipo HOAC».¹³ A ello habrá que unir la solidaridad con los compañeros represaliados, organizada en cada diócesis siguiendo las indicaciones de la respectiva Comisión Nacional, sin olvidar la

importancia del «Fondo Común» asturiano, constituido a raíz de los conflictos mineros de 1962 y promovido principalmente por los comunistas, el fondo de solidaridad semiclandestino de la HOAC o la campaña emprendida en 1967 por esta misma organización con objeto de visitar a trabajadores deportados.

Gran importancia tuvo también el movimiento cooperativista fomentado por los colectivos cristianos, muy ligado al movimiento obrero histórico, pero escasamente estudiado para la época que nos ocupa. Cabe destacar en este terreno el especial impacto de los planteamientos teóricos de Guillermo Roviroso, concretamente su apuesta por la cogestión y la democracia económica frente al capitalismo imperante. De hecho, para estos menesteres, la Hermandad contaba, desde 1961, con su propio Servicio Cooperativo, no pocas veces enfrentado al de la obra sindical franquista. Ejemplos destacados de lo que decimos son la famosa «Experiencia Mondragón», la Tipografía Católica cordobesa (1954) y la valenciana SALTUV (1963). Otras muchas cooperativas de consumo, viviendas y producción fueron alentadas por militantes católicos en Cataluña, Madrid y en localidades más reducidas de la geografía española. Inmediatamente, este movimiento cooperativista de raíz cristiana se granjeó la enemiga no sólo de patronos y empresarios, sino también, y a veces con inusitada fuerza, de la Falange local, que además de la competencia directa temía la entrada de elementos socialistas en dichas entidades.

No menos impacto tuvo la recuperación del 1º de mayo, mítica fiesta del trabajo que, a partir de 1959, los movimientos católicos se encargaron de organizar rechazando los esquemas paternalistas de la festividad de San José Artesano instaurada en 1955 a instancias vaticanas. Celebrada en competencia con la de la Organización Sindical franquista, esta festividad no tardó en ser vigilada e incluso, en algunas ocasiones, prohibida por las autoridades, como ocurrió en 1959 en el Teatro Arriaga de

Bilbao, que se saldó con multas para dirigentes de HOAC y JOC, o al año siguiente como consecuencia de un manifiesto de la HOAC que criticaba las consecuencias del Plan de Estabilización.

Los católicos más comprometidos tuvieron mucho que ver en la puesta en marcha de nuevos partidos y sindicatos democráticos que se movieron con desigual éxito en la clandestinidad.¹⁴ Las primeras organizaciones sindicales surgieron ligadas a la central democristiana entonces pujante, la Confederación Internacional de Sindicatos Católicos (CISC), aunque enseguida se desgajaron de ella o asumieron el giro aconfesional y filosocialista que experimentó en los años sesenta. De esta manera surgió, en 1956, Solidaridad de Obreros Cristianos Catalanes (SOCC), vinculada a la CISC y que pronto abandonó la «C» de Cristianos para emprender una trayectoria mucho más laica. Este mismo origen alentó la Federación Sindical de Trabajadores (FST), iniciada a raíz de las huelgas asturianas de 1958 por militantes de JOC, pues la Ley de Convenios Colectivos suscitó un interesante debate dentro de la organización juvenil que, entre sus conclusiones más interesantes, incluyó la de poner en marcha un sindicato de clase.

De igual manera surgió, en 1960, la Unión Sindical Obrera, auspiciada por los jocistas de Rentería, concretamente por Eugenio Royo.¹⁵ Una central que, según exponía su famosa *Carta fundacional*, se decía identificada con el socialismo democrático e iniciadora de un nuevo tipo de sindicato, ante todo democrático, unitario y plural. A las jesuíticas Vanguardias Obreras corresponde la iniciativa de poner en marcha, en 1962, la Acción Sindical de Trabajadores (AST), donde también estuvieron militantes de la HOAC y otros del Movimiento Católico de Empleados, y que del sindicalismo confesional evolucionó a otro de ideología filo-maoísta. Pero, sin duda alguna, la aportación sindical más importante fue la creación, a partir de mediados de los 50, de Comisiones

EXPEDIENTE

Obreras (CCOO):¹⁶ jocistas, militantes de Vanguardias, HOAC, comunistas, socialistas y otros independientes nutrieron las primeras filas de un movimiento sindical y socio-político que, oficializado a partir de 1966, adoptará en sus inicios un talante plural, democrático, unitario, abierto y asambleario. Por poner algún ejemplo significativo, el secretario de la primera CCOO de Barcelona (1964) fue un militante de la HOAC, Ángel Alcázar, y de esta misma organización procedía la dirección de la primera Comisión Obrera de Bilbao, creada en 1962; además, en 1964, cuatro de los siete miembros de la primera comisión obrera de Cantabria procedían de la HOAC (Peredo, Morante, Pacheco y Álvarez), y otro tanto ocurrió en localidades como Madrid y Alicante, mientras en Andalucía, CCOO nació en los años sesenta gracias, en buena medida, al apoyo de las militantes y consiliarios de Vanguardias Obreras. Aun así, el progresivo protagonismo y control comunista sobre CCOO suscitó, a finales de los 60, un rechazo generalizado entre los militantes católicos, para quienes el PCE pretendía convertirlas en su «correa de transmisión» dentro del movimiento obrero (algo similar, salvando las distancias pertinentes, a lo ocurrido con las ACLI en la CGIL).

Por último, en 1960, de nuevo militantes de JOC y HOAC participaron activamente en la creación del FOC, rama obrera del Frente de Liberación Popular, y siete años más tarde, socialistas y cristianos descontentos con el predominio comunista en CCOO, pusieron en marcha en Madrid la Federación Sindical Democrática. Por su parte, en la Universidad española, la lucha contra el oficialista y falangista Sindicato Estudiantil Universitario (SEU) fue auspiciada por católicos (muchos de ellos de la JEC), comunistas, socialistas y jóvenes políticamente independientes aglutinados en formaciones como la Nueva Izquierda Universitaria (NIU) y la Unión Democrática de Estudiantes, sin olvidar la creación, en 1961, de la Federación Universitaria Democrática Espa-

ñola (FUDE), frente común contra el SEU, y la puesta en marcha, a mediados de los 60, de los respectivos Sindicatos Democráticos de Estudiantes, en los que participaron activamente militantes de la JEC. Algo parecido llevó a cabo el Servicio Universitario del Trabajo (SUT) impulsado por el jesuita Padre Llanos. Aunque es éste un terreno aún por explorar, existe constancia de la participación de militantes de la JEC en las protestas suscitadas por la famosa expulsión, en 1965, de los catedráticos de la Universidad madrileña Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren, Agustín García Calvo, Santiago Montero y Mariano Aguilar.

En el terreno propiamente político, además de las «clásicas» y democristianas formaciones UDC, DSC e ID adquiere ahora especial relevancia el ya citado Frente de Liberación Popular (el mítico «Felipe»), partido clandestino de neta inspiración cristiano-marxista, creado en 1958 a resultas de los conflictos estudiantiles de 1956 y directamente conectado con la Nueva Izquierda Universitaria (NIU). Liderado por el católico de izquierdas Julio Cerón y fundado por hombres ligados a la JOC y al SUT del Padre Llanos, el FLP mantuvo una estrecha relación con la HOAC y abanderó una ideología radical que bebía del tercermundismo, el marxismo, el catolicismo y el socialismo yugoslavo.¹⁷

Al mismo tiempo, los movimientos católicos llevaron a cabo destacadas labores de denuncia que, en plena dictadura, contribuyeron eficazmente a avanzar en la socialización política en términos democráticos. El *Boletín de la HOAC*, el jocista *Juventud Obrera* —cuyo ejemplar de octubre de 1963 fue secuestrado por contener información sobre las huelgas de Asturias— o la misma *Voz del Trabajo*, órgano de Vanguardias, secuestrado en 1967, acogieron noticias y opiniones favorables a la lucha por las libertades. *AUN* (del Movimiento Católico de Empleados), *Signo* (de la Juventud de Acción Católica) y otras publicaciones de la Acción Católica más comprometida también fueron

víctima de secuestros y censuras por el talante crítico y reivindicativo de sus informaciones. Asimismo, en 1966, los movimientos obreros insertos en la Unión Nacional de Apostolado Seglar (HOAC/F, JOC/F, Movimiento Católico de Empleados, Vanguardias y Hermandades del Trabajo) pusieron en marcha unas *Hojas Informativas* que recogían información sobre huelgas, conflictos, detenciones, etc., sin olvidar el revuelo organizado por comunicados como el de 1960 en protesta contra las elecciones sindicales, que obligó al cardenal primado a mediar para contener la furia del ministro Solís; el de 1962, «Ante los conflictos laborales» asturianos, saldado con multas para los presidentes nacionales de JOC y HOAC; el de 1966, denunciando la «farsa» del Referéndum de la Ley Orgánica; el de 1968, contra los malos tratos infligidos a los detenidos en Barcelona, o el de 1969, sobre el estado de excepción.

Menos conocida, pero no por ello de importancia menor fue la labor emprendida por los movimientos cristianos en el sector campesino. En efecto, tanto la Juventud de Ambiente Rural de Acción Católica (JARC) como el Movimiento de Adultos de AC promovieron las primeras luchas y movimientos campesinos en localidades sevillanas como Fuentes de Andalucía y Olivares, en la zaragozana de Sástago, en Lérida, Castrelao de Miño (Orense), Sanlúcar de Barrameda y Trebujena. Dirigidas principalmente a denunciar la explotación infligida a los campesinos por patronos y empresarios rurales, en ocasiones, tales actividades constituyeron el punto de partida de comisiones campesinas que, en los años setenta, darán vida a potentes y conocidas centrales sindicales. A ello habría que sumar la difusión de una cultura política democrática y solidaria a través de los Colegios Familiares Rurales, creados en 1966 en el campo castellano, tomando como modelo la experiencia pedagógica francesa de las Casas Familiares Rurales.¹⁸

Junto a otras labores de promoción obrera y praxis democrática como los GOES de la

HOAC, los Centros de Cultura Popular, las Escuelas de Formación Social de la JOC o editoriales como ZYX, Popular y Nova Terra, es preciso destacar la participación cristiana en la creación de las primeras asociaciones vecinales al amparo de la Ley de 1964, configuradas como entidades auténticamente democráticas y unitarias capaces de influir en la vida política local mediante la presentación de candidatos a las elecciones «orgánicas», o la organización de campañas de indisimulado talante democrático en pro de la situación material del barrio y de sus vecinos.

La radicalización de los años 70

Los años finales del Franquismo coinciden con un importante incremento de la conflictividad social y laboral, que, además, se extiende a provincias y regiones tradicionalmente menos conflictivas. En el orden político, el proceso aperturista iniciado a mediados de los 60 gana adeptos en la elite dirigente, pero también en el seno de la jerarquía eclesiástica. Precisamente es a partir de la segunda mitad de esta década cuando se inicia el despegue de la Iglesia jerárquica desde la práctica legitimadora del Régimen hacia posiciones más aperturistas y proclives, por tanto, a un sistema de relaciones con el Estado y la sociedad presididas por la autonomía, el respeto mutuo y la reconciliación de los españoles. Asimismo, mientras los efectos de la famosa —y trágica— crisis de la AC propician la división interna de la Iglesia entre rupturistas-radicales, moderados-aperturistas y una minoría integrista, un sector importante de militantes católicos seguirá participando activamente en la lucha antifranquista, contribuyendo a asentar las bases socio-mentales de la Transición a la democracia.

A este respecto, los máximos especialistas en este proceso retrotraen sus inicios político-institucionales a 1969, año en que tienen lugar tres hechos que abrirían la «espita» aperturista en el seno del Régimen: el estado de

EXPEDIENTE

excepción, que evidenció la fuerza alcanzada por las corrientes democráticas y contestatarias; la llamada «operación Príncipe», esto es, el nombramiento legal de don Juan Carlos de Borbón como «sucesor a la Jefatura del Estado» a título de Rey; y la no menos famosa polémica sobre el asociacionismo, caracterizada por la aparición, dentro del Régimen, de proyectos sobre eventuales asociaciones políticas en cuanto sucedáneos controlados de partidos concretos. De inmediato, disensiones internas en el gobierno, el escándalo –nacional e internacional– suscitado por el proceso de Burgos (1970) contra dieciséis acusados de pertenecer a la banda terrorista ETA, la extensión y radicalismo de las huelgas, el impacto generado en la sociedad por la Asamblea de Obispos y Sacerdotes (1971), el asesinato, en 1973, del almirante Carrero Blanco, que había sido elevado a jefe del Gobierno según la mecánica de la Ley Orgánica, y el fiasco del vanamente aperturista «espíritu del 12 de febrero» de Arias Navarro, jefe del Gobierno en 1974, constituyen algunas de las fracturas político-sociales que fueron alentando y anunciando el proceso de transición democrática.

La situación socio-económica del país, por su parte, no ayudaba al optimismo: la crisis de 1973 ahondó sus efectos en España, el paro comenzó a crecer –todavía era sólo del 3%–, regresaron numerosos contingentes de emigrantes, la inflación comenzó a moverse en valores del 8-10%, se dictó la congelación salarial que estimuló la conflictividad social, y la sociedad vasca sufrió de manera intensa la crisis energética, los efectos del terrorismo y una ingente movilización obrera en forma de conglomerado antifranquista y nacionalista hartado heterogéneo.

La radicalización de las «bases»

Una de las consecuencias derivadas de la crisis de la AC fue la radicalización de una parte significativa de la «base cristiana», sin duda

alguna la más dinámica, circunstancia que conllevó la aparición de una crítica acerada hacia los obispos y, por ende, una acusada división interna en la Iglesia española. Una división múltiple entre jerarquía y movimientos por un lado, organizaciones seculares «oficialistas» y «renovadoras», por otro y, por fin, entre movimientos católicos progresistas pero «fieles orgánicamente a la jerarquía», y otros no menos progresistas pero más descentralizados y radicales. Estos últimos vendrán representados, a nivel nacional, por las famosas Comunidades Cristianas Populares (CCP) –también llamadas Comunidades de Base–, surgidas al amparo del Concilio Vaticano II y sobre la experiencia de los Movimientos Apostólicos, y el no menos pujante movimiento Cristianos por el Socialismo.

Impulsores de un destacadísimo proceso de diálogo entre cristianismo y marxismo y protagonistas, junto a otros colectivos cristianos, de un activismo socio-político de importantes consecuencias, CCP y CPS no ocultarán sus diferencias respecto de una jerarquía a la que consideraban demasiado timorata y políticamente ambigua, pero también respecto de unos movimientos apostólicos que imaginaban lastrados por la dependencia jerárquica, cuyo momento en la lucha obrera juzgaban pasado, y cuyos métodos y postulados tachaban de escasamente «liberadores». Estamos, pues, ante lo que algunos historiadores han calificado de profunda e insalvable división entre la «Iglesia oficial» y la «Iglesia paralela», la primera partidaria de un cambio progresivo y moderado, y la segunda tendente a una transformación mucho más radical, tanto del sistema político como del eclesiástico.

Pero no fue éste el único motivo de la radicalización experimentada a finales de los sesenta por los colectivos cristianos más avanzados. Como es bien sabido, los últimos años de la dictadura franquista muestran un incremento espectacular de las actividades y grupúsculos de la oposición al Régimen, una oposición que,

en la vertiente propiamente política, aparece cada vez más atomizada, débil en militancia y dividida en la acción y en los principios, a pesar de conatos unitarios como la creación, en 1974, de la Junta Democrática de España, o la puesta en marcha, al año siguiente, de la Plataforma de Convergencia Democrática.

La proliferación de grupúsculos de la oposición clandestina fue especialmente destacada en el terreno del movimiento obrero, precisamente el que mayores esfuerzos y mejores resultados venía deparando para las organizaciones católicas más comprometidas. Un movimiento obrero que, a su vez, experimenta una redoblada explosión de radicalismo como consecuencia de la extensión de prácticas de movilización y acción de inspiración trotskista. En efecto, en el interior de las fábricas más importantes y conflictivas del país, las «asambleas obreras», constituidas de manera extraoficial por trabajadores para llevar a cabo tareas de protesta, movilización y reivindicación, se convierten en el medio prioritario de agitación y lucha contra un verticalismo cada vez más agonizante. Unitarias, plurales y fuertemente politizadas, dichas asambleas se erigen, según la fraseología del momento, en la alternativa «auténticamente obrera, democrática y representativa» frente a los cauces sindicales oficiales.

De este modo, en contraste con lo ocurrido en décadas anteriores, ahora los movimientos de la AC obrera son desplazados a un lugar secundario en las labores de oposición política y sindical al Régimen, pues su papel de «suplencia», destacado en los años 50 y 60, quedó desactivado con la aparición de numerosas y atomizadas plataformas político-sindicales que, aprovechando el nuevo clima político aperturista, alentaban la lucha democrática y revolucionaria. Este hecho, la acusada marxización de determinados colectivos católicos, la reedición ideológica del trotskismo y de otros muchos «marxismos», la exitosa aparición de Comunidades de Base y de Cristianos

por el Socialismo, y el enfrentamiento con la jerarquía eclesiástica fueron factores que alentaron el surgimiento, en un sector significativo del catolicismo más progresista, de una radicalización izquierdista que en el terreno del movimiento obrero dio pábulo a prácticas y tendencias autogestionarias, llegando a generar destacadas disensiones dentro del PCE y de CCOO.

De esta manera, en coherencia con la pujante cultura política presente en los grupúsculos más activos de la izquierda radical española, la asamblea de fábrica se convirtió, para los militantes de los movimientos católicos tradicionalmente implicados en la lucha obrera, en la máxima expresión de la democracia sindical, política y vecinal, a partir de la cual denostaron tanto la estrategia «entrista» de épocas pasadas como el centralismo democrático del Partido Comunista. Este movimiento asambleario encaja a la perfección con el viraje ideológico y programático experimentado por la conflictividad estudiantil y universitaria de los años 70, que, enormemente influido por el contexto europeo, aunó su oposición a la dictadura española con la enemiga radical contra el «imperialismo yanqui», simbolizado entonces en la guerra de Vietnam. Mayo del 68, unión estudiantes-obreros, recitales de protesta... el *izquierdismo* no tardó en cuajar en las universidades españolas de la mano de grupúsculos radicales como ORT, LCR, PT, MC, PCE(i) y BR, hasta el extremo de provocar incidentes de tal envergadura que suscitaron el cierre gubernamental de algunas Facultades destacadas.

Por otro lado, esta radicalización tuvo que ver también con la incidencia del diálogo entre anarquismo y cristianismo, impulsado a partir de la segunda mitad de los años 60 mediante la producción intelectual, ensayística y filosófica de figuras como Carlos Díaz y Heleno Saña, así como por la labor de colectivos cristianos como ZYX, editorial que mantuvo contactos con destacados militantes anarcosindicalistas como Juan Gómez Casas y publicó varios li-

EXPEDIENTE

bros de temática anarquista, entre ellos una breve biografía de Mijail Bakunin firmada en 1966 por Carlos López Cortezo. Cristianos de tendencia anarquista figuraron igualmente en la citada Acción Sindical de Trabajadores, sindicato nacido en 1962 a partir de las jesuíticas Vanguardias Obreras, si bien fueron «purgados» de la organización cuando en 1971 ésta se convirtió en ORT, adoptando una línea marxista-leninista. Otros entraron a formar parte de los llamados Grupos Autónomos y del Movimiento Obrero Autogestionario, y posteriormente en la reconstruida CNT.

La HOAC y la «organización de la clase»

Especialmente destacada dentro del «giro radical» experimentado en los años 70 por la oposición política y sindical española fue, como decimos, la aparición de determinadas tendencias de carácter consejista e izquierdista en el seno de las organizaciones cristianas de seglares más implicadas en el movimiento obrero. Como ejemplo paradigmático tenemos el desembarco de numerosos jocistas en organizaciones de la izquierda radical como LCR, OIC, MCE o BR y, sobre todo, la aparición, en el seno de la HOAC, de una novedad programática y organizativa que pretendía erigirse en vanguardia del movimiento obrero español de los años 70: *La organización de la clase*. Esta plataforma político-sindical, alentada por militantes de la HOAC que también estaban en la editorial ZYX, tenía mucho que ver, desde el punto de vista ideológico, con las tesis esbozadas en 1974 por la Comisión Nacional de la HOAC en torno al denominado «Quehacer del Pueblo», cuya pretensión máxima era conseguir la promoción integral de la clase obrera y «la organización del pueblo como poder solidario» a través de un proceso autogestionario que diese lugar a un socialismo democrático en el que el «pueblo» ostentara, por medio de un amplio movimiento asambleario, el poder efectivo.

De esta manera, haciendo gala de un acusado talante izquierdista y revolucionario, *La organización de la clase*, entidad concebida como alternativa a los partidos y sindicatos clandestinos que formaban la «oposición oficial» al Franquismo, constituyó la antesala del movimiento asambleario *Liberación*, una especie de síntesis entre anarquismo, marxismo, socialismo y humanismo cristiano. En efecto, *La organización de la clase* tomó como referente básico el movimiento consejista de los años 30 y finales de los 60, e imbuida de un talante radical y unitario, apostó por difundir un amplio movimiento socio-político de carácter autogestionario y asambleario. Un movimiento que pretendía abarcar de manera unitaria la lucha obrera, estudiantil y vecinal para, renegando de los partidos y sindicatos históricos, presentarse ante la clase obrera española como la auténticamente democrática, socialista y revolucionaria.

Adoptando como fórmula organizativa de base el *Consejo obrero*, los documentos generados por *La organización de la clase* abogan por el anticapitalismo, la autogestión y la democracia directa, y la presentan como un movimiento antiimperialista, solidario con los más pobres, antiburocrático y preocupado por cultivar la coherencia «teórica y práctica» de los militantes. Consecuente con ello, renegaba de comunistas y socialistas «oficiales», pues entendía que actuaban más por intereses partidistas que por la auténtica promoción de la clase obrera,¹⁹ y pretendía, como objetivo final, que ésta se hiciese con las riendas del Estado «para convertirlo en una administración socializada (...) establecer un Estado verdaderamente socialista y una democracia real».²⁰

Frente a las estrategias clásicas de partido, se trataba de potenciar la actuación comprometida de los militantes en su propio ambiente en orden a incentivar, a todos los niveles y en todos los ámbitos implicados (barrio, fábrica, universidad...), un amplio movimiento asambleario y consejista capaz de ir asentando los cimientos de *La organización de la clase*:



Los militantes deben crear y potenciar la conciencia, la acción y la realidad organizativa de la base, y obstruir la labor de todo aquel que haga lo contrario. Estos militantes hablarán y actuarán en tanto que trabajadores en el interior de las asambleas de base; su papel es el de facilitar la asamblea obrera garantizando la expresión libre de las decisiones obreras, denunciando la inevitable presencia de burócratas, chivatos y oportunistas, y en general, luchando por la desaparición completa de todo poder ajeno a los consejos.

La filosofía de la *organización de la clase*, sobre todo su carácter marcadamente antipartidista y anticomunista, no tardó en despertar las críticas del PCE, para el que dicho proyecto izquierdista-cristiano, impulsado desde el editorial ZYX, apenas aportaba algo de valor a la lucha obrera: «Este movimiento pretende estorbar el afianzamiento de un movimiento obrero poderoso y por lógica (...) dificultar el asentamiento del Partido... Es un estado de ánimo —ni siquiera movimiento— por la falta de consolidación orgánica... una organización anarco-católica, profundamente anticomunista (...) desmembradora, y sobre todo con mucho temor a la acción de masas, al compromiso de clase (...) dirigiendo todas sus energías a la crítica acerba al PCE y a CCOO».²¹

La participación en la lucha obrera de estos cristianos imbuidos de la retórica y los mecanismos de actuación propios de la izquierda radical europea se centró en el boicot a las elecciones sindicales de 1975 (actividad en la que coincidieron con una primeriza UGT y se enfrentaron a CCOO), la presión sobre enlaces y jurados para forzar su dimisión, la promoción de comités de fábrica, y la organización de una lucha obrera que, aun iniciada la mayoría de las veces a raíz de la negociación del convenio respectivo, en realidad aspiraba a metas mucho más amplias, siempre revolucionarias y politizadas y, según se decía, «de carácter integral». Para muchos católicos que por entonces militaban en PCE y CCOO, la influencia de *La organización de la clase* supuso el abandono de ambas organizaciones e in-

EXPEDIENTE

cluso, en algunos casos, la participación activa en la puesta en marcha de nuevas entidades político-sindicales como el FOC, la LCR, el PCI (que luego será el PTE), Bandera Roja y Plataformas Anticapitalistas, más identificadas con la tendencia purista y radical del izquierdismo consejista.

La extensión del «frente obrero» cristiano

Con todo, la expansión de los conflictos sociales en estos años finales del Franquismo alentó la unión entre movimientos apostólicos, Comunidades de Base, curas obreros, parroquias comprometidas y Cristianos por el Socialismo. Era, en efecto, todo un frente obrero, cristiano y revolucionario, unido al no menos pujante —y atomizado— de la oposición sindical y política al Régimen. Todos juntos, aun con sus enfrentamientos y diferencias de criterio, llevaron a cabo una importante contribución en forma de cesión de locales, labores de cobertura y solidaridad en huelgas, impulso del 1º de mayo, «denuncias proféticas» en homilías, misas solidarias, comunicados contra la represión gubernamental (sobre todo con motivo de los últimos fusilamientos de la dictadura), confección de prensa clandestina, puesta en marcha de Ateneos obreros, cajas de resistencia y fondos de solidaridad.

Todo ello hizo que el Partido Comunista volviera a reconocer públicamente la labor para-política ejercida por los movimientos eclesiales de base en pro de la democracia en España. En efecto, en 1971, Santiago Carrillo alentaba la colaboración con «el sector católico democrático y progresista» recordando que, «resultado de la colaboración de comunistas y católicos es el vigoroso movimiento de Comisiones Obreras, sus documentos programáticos, sus programas reivindicativos, sus iniciativas y acciones de fábrica, locales y a escala internacional». Junto a él, y a propósito de la Asamblea Conjunta, Santiago Álvarez señalaba que «hace años nuestro partido

orientó a estimular toda corriente que en el seno del catolicismo y de la propia Iglesia evolucionase hacia una comprensión mayor de los problemas del pueblo e impidiese que aquella siguiese siendo defensora de la dictadura y de la reacción tradicional. La práctica demuestra que esa orientación era justa». Dos años más tarde, eran Gregorio López Raimundo y Simón Sánchez Montero quienes, en un Pleno del Comité Central del Partido, destacaban la contribución de los católicos a la lucha contra la dictadura y la necesidad de integrarlos en el partido, dada la orientación marxista de muchos de ellos, concretamente de Cristianos por el Socialismo. Finalmente, en 1975-76, el Comité Central del Partido declaraba la total compatibilidad, en plano de igualdad, entre la militancia cristiana y la marxista (documento «Militancia de cristianos en el Partido», de 1975). Es más, también desde el campo del socialismo democrático, tradicionalmente más remiso a la colaboración explícita con los católicos, tuvieron lugar importantes contactos a finales de los años 60 gracias, entre otros factores, a la importante contribución de militantes como Gregorio Peces-Barba.

Lo anterior vino provocado por ejemplos tan significativos como la labor desempeñada por los curas de la abadía de Montserrat desde los años 60. De hecho, en 1970, como consecuencia del famoso «proceso de Burgos», los citados clérigos cobijaron a 300 personas de la oposición política y sindical. Muchos otros hicieron lo mismo en numerosas parroquias de los barrios más marginales de sus diferentes localidades, no pocas veces alentando la lucha huelguística de los trabajadores. Incluso en ciudades antaño tan poco conflictivas como Valladolid, harán lo propio los jesuitas del barrio de La Pilarica y los dominicos de Las Delicias, y en Zamora los curas obreros del barrio de San Lázaro. El fenómeno de las homilías contestatarias, más frecuente en las diócesis vascas, en Madrid y en Barcelona, llegará a extenderse, como decimos, a todo el territorio

español, y alcanzará cuotas inusitadas a raíz del citado proceso de Burgos de 1970. Y lo mismo ocurrirá, por supuesto, con las multas gubernativas, especialmente impactantes a raíz del movimiento de protesta suscitado por las ejecuciones de septiembre de 1975, cuyo anuncio motivó una nota de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal solicitando el indulto para los condenados a muerte. «Nunca me hubiera imaginado que para hacer esta campaña comunista y subversiva, se emplearan las parroquias de nuestra religión católica, después de lo que luchamos por defender esta religión durante tres años», le confesaba Franco a su primo con motivo de unas hojas clandestinas incautadas en 1969 en la parroquia de San Pablo del Campo de Barcelona, las cuales reclamaban el derrocamiento de Franco y su sustitución por un gobierno de obreros y campesinos.²²

Otras destacadas labores de cobertura fueron, por ejemplo, la desarrollada en la Casa de Ejercicios de Pozuelo de Alarcón, donde el 24 de junio de 1972 fueron detenidos diez dirigentes de CCOO, entre ellos Marcelino Camacho y el sacerdote Francisco García Salve, lo que dio lugar al famoso *Proceso 1001* ante el Tribunal de Orden Público; el papel desarrollado por la parroquia barcelonesa de María Medianera, donde en 1973 fueron detenidos 113 miembros de la Asamblea de Cataluña con la consiguiente protesta del cardenal Jubany; o la labor para-sindical cobijada en la casa de ejercicios espirituales de Bibio (Gijón) y en el Seminario Diocesano de Oviedo. Es más, la huelga minera desatada en Asturias en el invierno de 1969-70 fue respaldada por una insólita «huelga de misas» organizada en diversas parroquias, a la que se sumó un escrito de 40 sacerdotes y 12 seglares.²³

Lo mismo ocurrió ese mismo año en el templo de Santa María, del Pozo del Tío Raimundo, donde fueron desalojados por la policía 140 obreros, hecho que suscitó la protesta de numerosos sacerdotes y de la jerarquía

eclesiástica madrileña; dos años más tarde, los obispos Méndez Asensio y Larrauri publicaban una homilía que justificaba la ocupación de la iglesia de El Salvador de Pamplona por parte de un grupo de obreros de la empresa «Motor Ibérica», y algo parecido hicieron, en noviembre del año siguiente, el obispo auxiliar Estepa y sacerdotes del barrio madrileño de Getafe. En 1975, el monseñor Buxarrais salió en defensa de 700 obreros de *Intelhorce* que habían ocupado la catedral malagueña en protesta por la firma de un convenio colectivo que no recogía sus reivindicaciones, mientras numerosos trabajadores se encerraban en las parroquias madrileñas de la Fuensanta, San Fermín y Cristo Resucitado. El arzobispado de Barcelona, por su parte, hizo pública en abril de 1975 una nota que protestaba contra el desalojo policial de la parroquia de San Sebastián, ocurrido cuando iba a celebrarse en ella una reunión socio-laboral, y no menos escándalo suscitó, en el seno del episcopado, la intervención de la fuerza pública en la parroquia vallecana Dulce Nombre de María, donde el 5 de octubre de 1974 fueron detenidas 300 personas. Los ejemplos de contestación clerical fueron multiplicándose por la geografía española conforme se iba extendiendo la conflictividad laboral y estudiantil, dándose la paradoja, como bien resalta Díaz-Salazar, de que las iglesias y los templos que antes de la Guerra eran incendiados por los obreros ahora cobijaban sus reuniones y apoyaban sus protestas.

Asimismo, escritos de denuncia y reivindicación de matiz cristiana y progresista hubo cientos en estos años finales del Franquismo, algunos tan impactantes como el publicado contra el estado de excepción de 1969, los lanzados por un grupo de sacerdotes, JOC y HOAC contra la Ley Sindical en 1970, los elaborados en solidaridad con los encausados en el citado «proceso 1001», las protestas escritas motivadas por la represión de la huelga barcelonesa de la SEAT (1971), o el manifiesto *La reconciliación del Año Santo*, rubricado por

EXPEDIENTE

10 movimientos apostólicos, 83 comunidades cristianas de base y miembros de 11 congregaciones religiosas: todos juntos denunciaban cómo «los grandes empresarios, los políticos destacados y, en general, la clase política, que participan en la opresión del pueblo, se consideran a sí mismos como católicos ejemplares. ¿Cómo hacer la reconciliación entre dominadores y dominados, explotadores y explotados, opresores y oprimidos? ¿Acaso mediante la armonía o el mutuo asentimiento de las clases? Eso es perpetuar la explotación y la opresión».

La Comisión Nacional de Justicia y Paz, por su parte, recogía en ese mismo año de 1974 160.000 firmas en pro de la amnistía,²⁴ reivindicación a la que no tardaron en sumarse colectivos cristianos de otras provincias, y que en febrero de 1975 constituirá el tema principal de la clandestina Asamblea de Alcorcón. Curas obreros y párrocos comprometidos, por su parte, tendrán un puesto destacado en las labores de apoyo a obreros en huelga, hasta el extremo de ser arrestados o multados. De hecho, en 1975, la revista *Vida Nueva* contabilizaba 11 millones de pesetas en multas a 109 sacerdotes desde 1972, mientras otros de Navarra debían pagar 4 millones por apoyar, con colectas y homilías, el conflicto laboral de *Potasas* de 1974. Y en 1973, un informe gubernamental cuantificaba a los sacerdotes y religiosos contestatarios en las diócesis españolas de la siguiente manera: 2.558 sacerdo-



tes (10,6%) y 142 religiosos (1,3%); el mayor número de sacerdotes «activistas» se situaba en Bilbao (278), Pamplona (254), San Sebastián (197), Barcelona (196), Zaragoza (134) y Madrid (125), mientras que en términos porcentuales, lideraban el 'ránking' Cádiz-Ceuta (38%), Bilbao (36%), Zaragoza (30,5%), San Sebastián (28%), Vitoria y Pamplona (26%), y Granada (25%).²⁵

Hasta tal extremo llegó la obsesión gubernamental contra la actividad de las organizaciones católicas en el campo social, que en 1972, un folleto de Cáritas elaborado con motivo del Día Nacional de la Caridad fue denunciado por el Ministerio de Información ante el Juzgado de Orden Público por contener genéricas alusiones a la paz, al desarme y a la justicia social. Requisado por orden gubernativa en diferentes locales eclesiásticos, el suceso motivó una carta del presidente de la Comisión Episcopal de Acción Caritativa y Social, José Pont y Gol (arzobispo de Tarragona), al ministro de Información, Sánchez Bella, en la que asumía la responsabilidad de dicho folleto.

Junto a la participación activa en las primeras reuniones de la Junta Democrática, en la Plataforma de Convergencia Democrática y, a partir de 1976, en la famosa «Platajunta», los movimientos y colectivos cristianos aportaron no pocos militantes a partidos y sindicatos de tendencia socialista, izquierdista y comunista y, en menor medida, democristiana. De hecho, si la abrumadora mayoría de quienes formaban las jesuíticas Vanguardias Obreras pasaron en 1969 a AST, formación que luego daría vida a la maoísta Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), muchos hombres y mujeres de la JOC se decantarán, además de por esta formación, por las no menos extremistas y minoritarias MCE (Movimiento Comunista de España) y OIC (Organización de Izquierda Comunista, nacida a raíz de las Plataformas Anticapitalistas). PCE (con Alfonso Carlos Comín como principal baluarte católico) y PSOE, y los sindicatos UGT, CCOO y USO constituirán,

junto a otras organizaciones del movimiento libertario y autogestionario, importantes focos de militancia cristiana.

Por poner algún ejemplo, entre los políticos más destacados de la órbita socialista formados en movimientos y organizaciones cristianas encontramos a José Bono, Francisca Sauquillo, Demetrio Madrid, Jesús Quijano, Lluís Reverter, Joan Majó, Reyes Mate, Félix Pons, Francisco Vázquez, Manuel de la Rocha, Juan Manuel Eguiagaray, Víctor Manuel Arbeloa o Peces-Barba. Junto a Mari Carmen García Nieto o al citado Comín, paradigma de militancia cristiana en el Partido Comunista, otros como Carlos Díaz, Aurelio Orensaz, Félix García Moriyón y Manuel Lizcano no han ocultado nunca su procedencia cristiana y sus afinidades con el anarquismo. Asimismo, Diamantino García, uno de los fundadores del Sindicato de Obreros del Campo (SOC) andaluz, procedía también de la órbita cristiana, mientras J. M. Sánchez Gordillo, flamante alcalde de Marinaleda por Izquierda Unida, aseguraba que Gandhi, Cristo y el Che Guevara conformaban su cultura política.

Igualmente destacada fue la labor política y sindical llevada a cabo por los cristianos en el entorno rural de los años 70, pues serán precisamente militantes de la JARC, HOAC y Movimiento Rural de Adultos quienes pongan en marcha, a principios de la década, el movimiento de Uniones Campesinas, germen de un sindicato «campesino, democrático e independiente» especialmente relevante en La Rioja, Palencia, Aragón, Extremadura, Valencia, Andalucía y Ávila. Lo mismo ocurrió con la Unió de Pagesos valenciana, las Comisiones Obreras del Campo, la Unión de Agricultores y Ganaderos de Aragón (UAGA), las Comisiones Labriegas y Campesinas gallegas y el no menos potente Sindicato de Obreros del Campo (SOC) andaluz, vinculado luego a la CSUT, central sindical del PTE. De hecho, a la labor de los militantes cristianos se debe la creación, en 1976, del actual sindicato COAG,

nacido de la coordinación entre UAGA y UC, al que en 1978 y 1979 cederán algunas de las páginas del boletín *Militante. Apostolado Rural*.

Asimismo, las huelgas más destacadas del quinquenio 1970-75 volverán a contar con la presencia activa de militantes cristianos. Así ocurrió, en efecto, en la famosa de la construcción granadina de 1970, saldada con tres muertos (Antonio Huertas, Cristóbal Ibáñez y Manuel Sánchez) y numerosos heridos y detenidos: impulsada por obreros católicos, las multas a los militantes de la HOAC ascendieron a cerca de 5 millones de pesetas, e incluso el sacerdote y consiliario diocesano de la Hermandad, A. Quitián, trabajador de la empresa *La Colomina*, fue encarcelado. Evidentemente, el *fondo de solidaridad* hoacista no tardó en ponerse en funcionamiento.²⁶

Otro tanto ocurría, dos años después, en la ferrolana *Empresa Nacional Bazán*, cuyos trabajadores organizaron diversas protestas a raíz de la negociación del Convenio que se saldaron con una violenta represión policial: en esta ocasión, el resultado más dramático fue el de dos obreros muertos (Amador Rey y Daniel Niebla) y varios heridos. Asimismo, más de 160 trabajadores fueron despedidos, entre ellos 19 cargos sindicales, y los principales líderes de CCOO terminaron sometidos a Consejo de Guerra. Además de la aportación militante al conflicto, en casi todas las parroquias y locales de la Iglesia española más comprometida se celebraron colectas y misas en solidaridad con los damnificados y sus familias.

Como «vanguardia obrera revolucionaria» pretendieron actuar destacados militantes católicos de Valladolid durante los conflictos de *FASA-Renault* y de la Construcción entre 1974 y 1976, incentivando un pujante movimiento asambleario que, integrado por UGT, Plataformas Anticapitalistas, los cristianos trotskistas de *Lucha Obrera* y demás trabajadores sin filiación expresa, a punto estuvo, al menos durante las huelgas de la factoría automovilística de 1975 y 1976, de arrebatar el liderazgo a

EXPEDIENTE

las ya muy fuertes y organizadas Comisiones Obreras del sector.²⁷

Algo parecido ocurrió en el movimiento campesino a principios de los años 70, donde militantes del Movimiento Rural Cristiano tuvieron una presencia destacada en las llamadas «guerras campesinas» que se extendieron por Navarra, Vizcaya y Santander («guerra de la leche» de 1971); Orense y Lérida (contra el pago de las cuotas de la Seguridad Social de 1972); Navarra y Aragón («guerra del pimiento» de 1973); Extremadura («guerra del tomate», 1975), etc. De hecho, a partir de esta lucha pondrán en marcha diversas «comisiones» que enseguida constituirán las citadas Uniones de Campesinos.

Finalmente, junto a la labor de ZYX, editorial que «inundó» buena parte del país de libros, Ateneos obreros y cursillos sobre militancia y sindicalismo, la difusión de una cultura y una práctica política democráticas por parte de los colectivos cristianos más comprometidos se centró también en la puesta en marcha del movimiento vecinal en los barrios más importantes y significados de la época, movimiento sustentado, las más de las veces, por comunistas, cristianos, curas obreros, militantes independientes y otros de grupúsculos izquierdistas. Estas Asociaciones de Vecinos, junto a otras de Amas de Casa y Mujeres Democráticas, unirán sus fuerzas en favor de la lucha cívico-vecinal y obrera. Incluso presentarán candidatos a las elecciones a concejales por el tercio familiar, y no pocas veces con éxito.²⁸

En definitiva, de una u otra forma, con mayor o menor radicalismo, lo cierto es que los colectivos cristianos más avanzados y con influencia en el terreno obrero llegaron a los años de la Transición con la bien merecida aureola de luchadores por la democracia. Como hemos podido comprobar, su labor, tanto político-sindical como formativa, tanto a escala de organización como de militante, fue sentando las bases de una anhelada conviven-

cia democrática y contribuyó a difundir entre amplias capas de la población la necesidad de alcanzar la reconciliación definitiva entre los españoles, arrumbar la dictadura y transitar pacíficamente hacia la democracia. Fue así como contribuyeron a asentar las bases sociológicas de la Transición

NOTAS

- ¹ MONTERO, Feliciano, «El catolicismo social en España. Balance historiográfico», en B. Pellistrandi (coord.), *L'histoire religieuse en France et en Espagne*, Madrid, Casa Velázquez, 2004, p. 389.
- ² HERMET, Guy, *Los católicos en la España franquista*, Madrid, CIS, 1985 (2 vols.).
- ³ Para todo lo que sigue ver DÍAZ-SALAZAR, Rafael, *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*, Madrid, HOAC, 2001; también, del mismo, *La izquierda y el cristianismo*, Madrid, Taurus, 1998.
- ⁴ Los GOES se pusieron en marcha tras la Tercera Semana Nacional de la HOAC (1948) y eran pequeños núcleos de obreros —de 3 a 5— que estudiaban los problemas concretos a la luz del Evangelio y de las doctrinas episcopales. Eran grupos de carácter abierto: ver FERRANDO, Emilio, «Los Grupos Obreros de Estudios Sociales de la HOAC (GOES)», en *XX Siglos*, 22 (1994), pp. 61-69, y LÓPEZ GARCÍA, Basilisa, «La formación y el análisis social en el Movimiento Obrero Católico bajo el Franquismo. Los GOES», en *id.*, pp. 69-87.
- ⁵ Archivo de la Comisión Nacional de la HOAC, Cajas 74 a 77.
- ⁶ Destacan sus obras: *Los cristianos en el Frente Obrero* (1961, reeditada por Acción Cultural Cristiana en 1993); *La lucha obrera*, Madrid, Suramérica, 1963; *Comisiones Obreras*, Madrid, ZYX, 1967; y *Acción sindical de los cristianos en España*, Madrid, ZYX, 1968.
- ⁷ La idea del «Frente Obrero» fue esbozada en la XII Semana Nacional de la HOAC, cuando, al abordar el tema de la unidad obrera, se concluyó la necesidad de crear un nuevo movimiento de orientación netamente anticapitalista y revolucionaria no fundado en el materialismo marxista.
- ⁸ MARTÍN, Jacinto, «El Frente Obrero» en *El sindicato. Instrumento de conquista*, Suplemento del Boletín HOAC, Madrid, HOAC, 1966, pp. 14-15.
- ⁹ Para lo que exponemos a continuación, ver: CASTAÑO, José, *La JOC en España, 1946-1970*, Salamanca, Sígueme, 1978; DOMÍNGUEZ, Javier, *Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo (1951-1975)*, Bilbao, Mensajero, 1985, y *La lucha obrera durante el franquismo. En sus documentos clandestinos (1939-1975)*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1987; DÍAZ-SALAZAR, Rafael, *Iglesia, Dictadura y Democracia*, Madrid, HOAC, 1981; MARGENAT, Josep María, CASTELLS, José María y HURTADO, José, *De la dictadura a la democracia. La acción de*

- los cristianos en España (1939-1975), Bilbao, Desclée de Brower, 2005; LÓPEZ GARCÍA, Basilisa, *Introducción a la Historia de la HOAC*, Madrid, HOAC, 1995; MURCIA, Antonio, *Obreros y obispos bajo el franquismo*, Madrid, HOAC, 1995; JULIÁ, Santos, «Obreros y sacerdotes: cultura democrática y movimientos sociales de oposición», en VV.AA., *La oposición al Régimen de Franco*, tomo II, Madrid, UNED, 1990, pp. 147-161; MONTERO, Feliciano, *Juventud Estudiante Católica. 1947-1997*, Madrid, JEC, 1998, y, del mismo, «Los movimientos juveniles de Acción Católica: Una plataforma de oposición al franquismo», en VV.AA., *La oposición al Régimen de Franco*, tomo II, Madrid, UNED, 1990, pp. 191-205; SANZ, Florentino, «Algunos conflictos significativos de la juventud obrera cristiana con el régimen de Franco (1947-1966)», en VV.AA., *La oposición al régimen de Franco...*, pp. 161-172; MUÑOZ, Javier, *Cuadernos para el diálogo (1963-1976): una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- ¹⁰ FERRANDO, Emilio, «El compromiso de los cristianos en las luchas de los movimientos obreros en Cataluña durante la etapa franquista», en *XX Siglos*, 22 (1994), p. 30.
- ¹¹ NAVARRO, Pedro y RUIZ CAMPS, José, «TÚ, periódico apostólico obrero», en *XX Siglos*, 16 (1993), pp. 26-36; BONI, Luca de, «L'opposizione cattolica al franchismo: la HOAC e il giornale ¡Tú!», en *Spagna Contemporanea*, 10 (1996), pp. 77-113.
- ¹² Informe de la policía barcelonesa fechado el 5 de febrero de 1965, reproducido en YSÁS, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del Régimen Franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 90.
- ¹³ MATA HERNANDO, Máximo, *La Huelga de Bandas*, Madrid, ZYX, 1967: este librito, escrito por un militante de la HOAC burgalesa, terminó siendo secuestrado. El abogado defensor de los huelguistas de Bandas fue Joaquín Ruiz-Giménez.
- ¹⁴ Un útil resumen en GARCÍA NIETO, Mari Carmen, «Participación en partidos y sindicatos», en *XX Siglos*, 16 (1993), pp. 98-109.
- ¹⁵ MARTÍN ARTILES, Antonio, «Del blindaje de la sotana al sindicalismo aconfesional (Breve introducción a la historia de la Unión Sindical Obrera)» en VV.AA., *La oposición al Régimen de Franco*, t. I, vol. 2, Madrid, UNED, 1990, pp. 165-189; ZUFIAUR, José María, *USO*, Barcelona, Avance, 1976; MATEOS, Abdón, «Los orígenes de la Unión Sindical Obrera: Obrerismo juvenil cristiano, cultura sindicalista y proyecto socialista», en *XX Siglos*, 22 (1994), pp. 107-118.
- ¹⁶ BABIANO MORA, José, «Los católicos en el origen de Comisiones Obreras», en *Espacio, Tiempo y Forma*, 8 (1995), pp. 277-297.
- ¹⁷ RICO, Eduardo G., *Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE*, Barcelona, Flor del Viento, 1998; GARCÍA ALCALÁ, Julio Antonio, *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001; GONZÁLEZ-CASANOVA, José Antonio, «El Frente de Liberación Popular, ¿un partido cristiano de izquierdas?», en VV.AA., *De la dictadura a la democracia...*, op. cit., pp. 223-237.
- ¹⁸ VICENTE FRESNO, Florencio, «El Movimiento Rural Cristiano: fermento de fe, de vida y de esperanza en el mundo rural español», en *XX Siglos*, 49 (2001), pp. 62-78.
- ¹⁹ *La Organización de la Delegación*, Salamanca, 5 de junio de 1972, p. 2; Archivo de la Comisión Nacional de la HOAC, Caja 244, carpeta 7.
- ²⁰ «Esquema para organizar un Plan de Actividades por Ramos e Instituciones básicas de convivencia», s/f.; Archivo personal de G. García.
- ²¹ «Su preocupación es aparecer como de orientación socialista, pero neutra en cuanto toma de posición por una u otra corriente (...), negación más o menos velada de la validez del marxismo, de su aportación histórica; crítica virulenta a todo cuanto sea soviético, utilizando los errores de los países socialistas para negarlos, divulgando sus interpretaciones acientíficas de los sistemas económicos yugoslavo, checo, etc., y sobre todo con un furibundo anticomunismo apenas velado»: Informes sobre ZYX, s/f; Archivo del Comité Central del PCE, Fondo *Provincias Castellanas*, Jacq. 183.
- ²² FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 544.
- ²³ Abiertamente indignado, el prelado, Gabino Díaz Merchán, no tardó en alzar la voz en defensa de los encerrados: VEGA GARCÍA, Rubén, «Cristianos en el movimiento obrero asturiano durante el franquismo. Un apunte», en *XX Siglos*, 22 (1994/5), pp. 3-11.
- ²⁴ LEÓN Y FRANCIA, Pedro, «Justicia y paz: pasado, presente y futuro», en *XX Siglos*, 23 (1995/1), pp. 45-49.
- ²⁵ «Iglesia», 1973; Archivo General de la Administración, Fondo Cultura, MIT: reproducido en YSÁS, Pere., cit., p. 192.
- ²⁶ QUITIÁN, Antonio, «Recuerdos de una huelga: Granada 1970», en *XX Siglos*, 22 (1994), pp. 92-96.
- ²⁷ *Informe interno del Delegado Provincial de Sindicatos sobre los sucesos de FASA*, Valladolid, 4 de febrero de 1975; Archivo Histórico Provincial de Valladolid, Fondo AISS, Caja 5.641, Carpeta 3.
- ²⁸ FARIÑAS DE ALBA, Miguel I., «Aproximación al estudio del movimiento vecinal en la crisis del Franquismo y la Transición», en VV.AA., *La crisis del Franquismo y la Transición. El protagonismo de los movimientos sociales*, Ávila, UNED-Fundación Cultural Santa Teresa, 1999; NICOLÁS MARÍN, María Encarna, *La libertad encadenada. España en la dictadura franquista, 1939-1975*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 384-388.